

mándose a las líneas de interpretación que, con fuerte base textual, subrayan el carácter evolutivo de su obra.

Consuelo Martínez

Ocaña, Enrique: *El Dioniso moderno y la farmacia utópica*. Barcelona, Anagrama, 1993, 167 págs.

El presente ensayo, segunda obra del autor, intenta valorar las utopías (positivas o negativas) que ha engendrado, desde Nietzsche y a partir de él, el renacimiento farmacológico de Dionisos, o lo que es lo mismo, la vuelta a una especie de drogodependencia espiritual. Aborda, en él, la cuestión de cómo pudo transformarse la sabiduría trágica de Dionisos en ese nihilismo narcótico, se interna en cuestiones como lo sagrado, el exceso, la tragedia, la muerte, eros, la memoria o el olvido y propone, finalmente, como "desideratum" una crítica de la conciencia ebria que quedará sólo en prolegómeno.

El libro hace, así, un recorrido, distribuido en capítulos, por las distintas "utopías farmacológicas": desde la "sobria ebrietas", procedente de la sabiduría trágica de los griegos en Nietzsche que desemboca en una metafísica del arte, hasta la eliminación profana y ebria de la iluminación religiosa en W. Benjamin; pasando por la conciencia ebrio-mística de W. James que apostaba por un "multiuniverso" abierto a una pluralidad de submundos y experiencias; la utopía negativa de A. Huxley planteada en su novela *Un mundo feliz* y que encuentra una alternativa positiva en *La isla*; la reconciliación de poder y amor que se da en el soldado E. Jünger a través de la droga; y, por último, la superación estética del nihilismo en G. Benn que se basa en un retorno a la "metafísica de artista" nietzscheana como último bastión de sentido tras la muerte de Dios, que postula el arte como último reducto de trascendencia y la ebriedad y la actividad onírica como la sublimación de ese potencial creativo.

Nietzsche, W. James, A. Huxley, E. Jünger, G. Benn y W. Benjamin se convierten en los representantes de lo que se podría llamar una "metaquímica" que va más allá de una simple narcosis y que extrema, a su manera, la conclusión nietzscheana según la cual "la gran razón" es cuerpo y el cuerpo piensa, sueña, vuela... Pero el "supercuerpo" ebrio puede convertirse, también, por efecto del "exceso" en una momia viviente.

Una película muy delicada separa al visionario del alucinado y el temor ancestral de adentrarse en "el país del irás y no volverás" acecha tras las puertas del paraíso, pero eso no impide que la "farmacología" pueda ayudar a liberar al ser humano de miedos y revelarle la sobraabundancia de este mundo liberándole del miedo a abandonarlo.

Y es que, en el fondo, la meta utópica que persigue la farmacia dionisiaca es ofrecer un "ars moriendi". La práctica de la ebriedad se convierte, así, en el ejercicio de apertura a universos que trascienden el ego personal y que calman el hambre metafísica con la que no habían podido acabar ni la muerte de Dios ni el nihilismo, que sí acabaron con el alimento sagrado. El Dioniso moderno ha encontrado, así, en la farmacia las fuentes capaces de saciar esa necesidad.

Es interesante la propuesta de una posible crítica de la razón ebria pero al tener en cuenta que la conciencia ebria es, en el fondo, una conciencia estética, la propuesta del presente ensayo va más allá de las pretensiones "kantianas" y se introduce en los caminos iniciados por Nietzsche en *El nacimiento de la tragedia*. Es, en cualquier caso, un libro interesante, en el que destaca el estilo y haber logrado profundizar en un tema tan controvertido como la droga.

Mónica González

Pintor-Ramos, Antonio: *Realidad y sentido. Desde una inspiración zubiriana*, Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1993, 319 págs.

A los diez años de la muerte de Xavier Zubiri, el pensamiento de este filósofo está siendo el centro de numerosos estudios y publicaciones. Se están editando además gran parte de sus cursos y manuscritos, planteándose ahora la tarea de "prolongar el pensamiento definitivo de Zubiri por senderos que él mismo no recorrió hasta el final y que muchas veces no están más que insinuados de una manera vaga" y "elevar a la altura de su pensamiento definitivo temas que aparecen tratados en su obra desde planteamientos que aún no resultan suficientemente radicales" (p. 24). Esto pretende el autor en este libro en torno a tres temas aparentemente desligados: una fundamentación de la ética –capítulos I-III–, el sentido –capítulo IV– y la filosofía y su historia –capítulos V y VI–, pero sistemáticamente conectados en la cuestión del *sentido*.

El núcleo y la aportación de la filosofía zubiriana es la teoría de la *realidad* y la *intelección sentiente* que busca superar la radical escisión entre intelección y sensación, raíz de gran número de aporías en el pensamiento filosófico occidental. En concreto, para la ética, el análisis de la "aprehensión primordial de la realidad" (un momento intelectual primario en el que se apoyan tanto la volición como el sentimiento) permite descubrir una vía de fundamentación que rechaza tanto el formalismo deontológico como el relativismo al encontrar en la *ser*, en la realidad específica del hombre (entendida como esencia abierta que